

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, mayo de 1957

Núm. 59

Director: Sr. Presidente del Centro de Lectura

SUMARIO: «Pregón» por el Dr. D. JOSE LLAURADO. — «Cuentos del rey Salomón» por J. AMARDES. — «Poesías» por JOSE M.^a ARNAVAT VILARO. — «Actividades del Centro».

PREGON

Antes de transcribir la hermosa peroración de nuestro ilustre paisano Dr. D. José Llauradó, nos place hacer constar el agradecimiento del Centro de Lectura a la Dirección de Radio Reus, E. A. J. 11, tan bien regentada por nuestro consocio D. Salvador Sedó, pues a cortesía de la Emisora local se debe la transmisión por radio, el día 1.º del actual, a las 15'30, de las palabras de nuestro estimado Dr. Llauradó, Cura Párroco de Salou. He aquí lo que dijo:

AL recibir el encargo —y la distinción— de *pregonar* el X Concurso-Exposición Nacional de Rosas en nuestra ciudad, recordé otro pregón —para mí, subjetivamente, el mejor de cuantos me ha sido dado escuchar,— que ahora aquí ante el micrófono quiero evocar, antes de empezar el mío. Nada trascendental, nada aparatoso, nada espectacular: pregón callejero, vulgar, pero sencillamente encantador y enormemente eficaz. Fué en Castro del Río, en la provincia de Córdoba. Retocaba yo los puntos de un sermón que iba a predicar, cuando irrumpió en mi habitación —y en mi alma— la grata y hábil voz de un pregonero estacionado estratégicamente en la próxima esquina, no lejos de mi ventana. Era, señores oyentes, ¡El vendedor de piñones!... Vendedor de piñones, sí, pero la mercancía era lo de menos, lo interesante era la letra chispeante, aquellas notas..., la voz, la sal, la gracia deliciosa del *cantaor*. Hace de esto unos 30 años, y dentro de este lapso de tiempo bien saben mis oyentes que los ha habido asaz aciagos con hartas ocasiones de tener que perder, de habérsenos hecho perder no ya cosas de subido valor —real o sentimental— sino seres queridos, cuanto más la letra del pregón piñonero de Castro del Río. ¡Lástimal, porque aún sin cante, les hubiese deleitado a ustedes escucharlo y a mí repetirlo. Recuerdo solamente que aquel pregonero, después de hacer la apología de sus piñones, recababa con exquisita gracia y con acento plañidero el auxilio de los pequeños para asegurar la venta diciéndoles cantando; ¡«llorad, niños, llorad, pedid piñones!» Les aseguro a Vds. que yo, que ya no era ni mucho menos un niño, me sentí conmovido, casi lloré..., y mandé a buscar piñones...!

¡Que cosas diría aquel hombre y qué no conseguiría si en vez de piñones pregonara Rosas!

Mi tarea es menos ardua, porque yo no he de mover a mis oyentes a comprar Rosas, sino sólo a verlas, pero..., ¿será tan eficaz mi voz como la suya? Sólo puedo asegurar que, a falta del arte, inspiración y *angel*, — como dicen por allá — del voceador de piñones, pongo todo mi entusiasmo en el pregón. Desgraciadamente cada día es menos frecuente el aliño del trabajo con el cante y es que se va evaporando el amor al propio oficio o quehacer. Se aguanta el trabajo, pero no se le ama. Se le acepta o soporta como una carga ineludible para obtener, diríamos, divisas vitales, pero despojado de todo atractivo y de toda poesía, estéril para el gozo y para el estímulo. Se desconoce o ha dejado de interesar que aún en el más humilde de los oficios hay artesanía en embrión, y posibilidades de grandeza y de triunfo y hasta de canonización porque Dios está en todos los caminos menos en el del pecado. Por mi parte, repito que en este mi circunstancial oficio de pregonero, pongo toda mi alma. Y la pongo además con placer porque yo amo a las flores y tengo predilección por las Rosas, convencido además, de que el culto a las rosas ni es frívolo ni es inútil. Ni hablaría yo aquí si lo fuese, ni mucho menos vendría todos los años a autorizar y dar prestancia a la Exposición el eminente Purpurado que rige los destinos de esta Archidiócesis. Las rosas no son un capricho humano, ni el acierto de un artista: son creación de Dios, argumento de su poder, destello de su belleza. La Iglesia ha escogido la rosa entre todas las flores para glorificar y representar a María y la llama Rosa Mística. Y el Vicario de Cristo en la tierra, cuando quiere distinguir solemnemente a una persona o a un pueblo, lo hace otorgando precisamente una Rosa de oro.

Los organizadores de la Exposición saben todo esto y saben también que el mundo necesita las rosas casi tanto como el Epulón necesitaba una gota si quiera de agua, y por eso cada año, al llegar el mes de mayo, ofrecen en el Centro de Lectura una espléndida selección de las mejores. Por fortuna cada año ha superado a su antecesor y éste los superará a todos.

Durante la Exposición, el Teatro del Centro de Lectura presenta un panorama de ensueño: nunca puede decirse con mayor exactitud que «lucen sus mejores galas». Dos sentidos, el de la vista y el olfato, se esponjan de placer ante las mil variedades de color y de perfume de la misma exquisita flor, y, a través de los misteriosos hilos que enlazan lo sensible con lo inmaterial, el gozo sensual se espiritualiza y entra en los dominios del alma, para que también ésta participe del deleite y sea arrebatada por medio de lo visible al amor de lo invisible. No tiene allí objeto el gusto y está prohibido el tacto, pero hasta los oídos se recrean en el dulce silencio de las rosas..., y de los visitantes, porque sucede que durante la Exposición — sin aviso que lo imponga o recomiende — quedan suprimidos los ruidos y el vocerío. Diríase que la gente, impresionada por la belleza y multitud de las flores, se cree ante un colosal altar de mayo y..., calla, o bien habla quedamente como si rezara...

Esta Exposición — declarada de interés artístico nacional — es ya famosa incluso más allá del ámbito peninsular. Todas las Jerarquías, desde el Jefe del Estado, la avalan y protegen. Pero yo he de clamar para que se multiplique todavía más el número de visitantes y de admiradores: ¡Vengan todos a visitar esta *Exposición de Rosas*! Vengan, no ya los capaces de sentir y saborear los

subidísimos encantos de la Belleza, sino también los atascados y aprisionados en el mísero y estrecho campo de los placeres de la carne y de los tubos digestivos para que, a través de las rosas, alcancen los dilatados y claros horizontes cuyo imperio solo es del alma. No solo de pan vive el hombre: el mismo Dios que sembró el trigo, salpicó de luceros el firmamento y de rosas la tierra. ¡Bendito pues el que amasa flor de harina, pero bendita también la santa de Lisieux que envía lluvia de rosas, y loados cuantos con diligencia las cultivan y cuantos cuidadosamente las exponen.

Entremos, señores, en este pequeño paraíso de rosas que se nos prepara para el día 5 de mayo. Aceptemos ese regalo de Dios, oasis de paz y dulce alegría en el desierto torturante de este mundo convertido en plataforma de rece- los, de odios y de armas nucleares.

Gocemos, siquiera sea por corto tiempo, de un ambiente apacible, libre de inquietudes petrolíferas, sin luchas de hombres, sin luchas de bestias, sin radioactividad mortífera, sin explosiones, sin puñetazos, sin patadones..., todo rosas, todo color, todo perfume.

En el Getsemaní de la vida humana, vida sangrante, sudorosa, triste, tré- mula de angustias presentes y de pasiones futuras, el ángel consolador puede tomar también forma de rosa. Vengan, pues, todos a catar, un poquitin siquie- ra, las primicias de un mundo mejor..., mundo que en cierta manera habrá de ser un mundo de las rosas, porque de éstas a Dios la distancia es breve, y es en las proximidades de Dios en donde reina la paz y vive el amor.

Por fin, aunque no haga falta, he de hacer un llamamiento a mis paisanos los de Reus, para que sean ellos los primeros y los más numerosos y los más entusiastas en visitar la Exposición. Sea el concurso de Reus tan amplio, que constituya por sí solo el más efectivo y afectivo aplauso y el más poderoso aliciente para los incansables organizadores y colaboradores de la Exposición. No olvidemos que en estas lides florales, los de Reus tenemos el derecho y el deber de ser los heraldos de la rosa, porque ella campea en nuestro Escudo y porque nuestra Patrona la Virgen de Misericordia es para nosotros la Virgen de la Rosa, pues con una rosa avaló, sobre la mejilla de la Pastora, su mensa- je de amor y de salud a nuestra Villa.

Y nada más, sino cerrar el pregón, con un aplauso y un ruego para la Junta. El aplauso por el acuerdo acertadísimo de dedicar las primicias de la Exposición a la Virgen de Misericordia, poniendo a sus plantas un ramo de las mejores. El ruego, para que esa misma Junta, después de cumplimentar el dicho acuerdo, al volver del Santuario, deposite también otro ramo al pié del monumento a la pastorcilla Isabel, la humilde doncella de la Rosa.

El Centro de Lectura agradece al Dr. Llauradó su notable colaboración y le felici- cita por su magnífico Pregón del X Concurso-Exposición Nacional de Rosas.